



Investigación y movimiento psicoanalítico*

La Transmisión en la Institución Psicoanalítica

Jorge Olagaray **

Resumen

Este texto es un relato al tema: «Investigar el movimiento analítico», tratado en el último congreso de FEPAL.

El autor interroga la diferencia entre descubrimiento y fundación y diferencia en la trasmisión lo que va por cuenta de la teoría y lo que ocurre como consecuencia del movimiento. Documenta algunos hitos históricos que, en diferentes tiempos y lugares, ponen de manifiesto esta dicotomía y donde el «movimiento» es eficaz y actúa en los efectos de trasmisión (secreto, jerarquías, mitos iniciáticos, autoritarismo y hegemonías).

* Presentado al XVIII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, Río de Janeiro, agosto de 1990. Relato oficial Sociedad Psicoanalítica de Mendoza.

** San Martín 1035, 10º, 48.5500 Mendoza. Argentina

Summary

This text is a contribution to the subject: “Investigating the Analytic Movement”, discussed in the last FEPAL congress.

The author questions the difference between discovery and foundation and distinguishes what is accountable to theory and what results from movement in transmission. Some historical landmarks documented have, at different times and places, served to highlight this dichotomy. There the “movement” is effective and acts on the consequences of transmission (secrecy, hierarchies, initiatory myths, authoritarianism and hegemonies).

En nuestras reuniones científicas suelen tratarse temas referidos tanto a la investigación psicoanalítica como a las institucionales, es decir, al movimiento.

En este espacio, en cierta forma marginal -puesto que no somos epistemólogos ni psicólogos sociales- pero que va ganando terreno, deseo abordar lo que podría describir como la intersección de la investigación y del movimiento, de la ciencia y de la política, del «descubrimiento» y la «fundación»

Introducción, delimitaciones y antecedentes

No me voy a ocupar, por obvias razones de espacio, de las contribuciones básicas, las de Freud, W.R. Bion y E. Jacques (conocidas y reseñadas muchas veces, por ejemplo por E. Fornan, 1973) y que Informan significativamente mis puntos de vista, al igual que *-last but not least-* algunas elaboraciones de R Money Kyrle. Tampoco de los aportes centrales de lo que en nuestro medio se dio en llamar «Psicología Institucional» (Bleger. 1966; Ulloa, 1969) ni de la larga serie de contribuciones que los han seguido.

En los antecedentes hay que señalar que la dificultad intrínseca del tema - siempre es riesgoso hacer del fondo figura-quizás haya hecho que la encrucijada de imposibles a la que quiero referirme ha sido poco desarrollada de un modo explícito,

aunque muy aludida o tratada bajo otros encabezamientos.

En nuestro país, al parecer, la temática se inauguró hace más de treinta años, cuando la Asociación Psicoanalítica Argentina dedicó su Symposium anual de 1959 a las «Relaciones entre psicoanalistas.. Con ese mismo título hay un excelente trabajo de Ganzarain & Arensburg (1961), presentado al II Congreso Psicoanalítico Latinoamericano. Y prácticamente no hay ninguna reunión científica latinoamericana, local, nacional, regional o internacional donde el tema esté ausente. También ocupa un lugar preponderante en los Symposia de la A.P.I. y en las Reuniones de Analistas Didactas (antes pre-congresos didácticos) previos a los Congresos internacionales.

En un agrupamiento forzosamente grosero, deseo mencionar los trabajos de Garma (1959 a y b. 1966 y 1972), M. Hernández (1987), Ruiz Carasino (1984, 1987”y 1988), Rosolato (1983), Speziale Bagliacoa (1982) y H.A. Torres (1987 a, 1987 b y MS). Más allá de su heterogeneidad, tienen en común el abordar problemas institucionales con instrumentos psicoanalíticos, mayormente derivados de Freud.

Zusman (1988) pone el énfasis en lo que podríamos llamar la sobre-institucionalización de la ciencia, su rigidificación, al igual que J.A. Infante (1988) y también Comberoff (MS), Kernberg (1985 y s.d.) y. por lo menos en parte, Bruzzone et al. (1985).

Sor y Senet (1988), en su libro «Cambio catastrófico» se refieren de hecho y de un modo casi continuado, a nuestro problema; además, se ocupan expresamente del problema de las lealtades y traiciones (p. 19-20) y de los Institutos de psicoanálisis (p. 3 1-32), algo que ocupaba también centralmente a Kernberg y Bruzzone et al., antes mencionados. Asimismo, se desarrolla el concepto de «uso fanático», semejante, en cierta forma, al de «uso dogmático», del primero de los trabajos de Torres mencionados más arriba.

Uno de los autores que más precisa y explícitamente ha trabajado sobre el tema de la interrelación ciencia-movimiento es sin duda R.H. Etchegoyen a algunos de cuyos trabajos me referiré brevemente.

En el libro de «Técnica» (1986) explicita varias veces la necesidad de distinguir las mencionadas facetas de nuestra identidad, y recalca (por ejemplo en la Introducción

y en el Epilogo) la necesidad de mantenerse igualmente distante, tanto del eclecticismo como del fanatismo.

Movimiento, autoritarismo, secreto, jerarquía y hegemonía

Sabemos que la Asociación Psicoanalítica Internacional fue fundada en 1910 por Freud, en ocasión del Segundo Congreso, en Nuremberg, proyecto que puso en marcha -al decir de Freud- «con el apoyo de mi amigo Sándor Ferenczi» (1914, 41).

El apoyo de Ferenczi -cuyas opiniones sobre las características jerárquicas y aristocráticas del movimiento nos cuenta Jones (1955, p. 80) y que comentan también Etchegoyen et al. (1988 b. 5-7)- es destacable.

«Pensaba organizar el movimiento psicoanalítico, trasladar su centro a Zurich y darle un jefe cuya misión sería velar por su futuro. Como esta fundación mía despertó mucho desacuerdo... (ibid., destacado mío).

Por distintas razones, Freud no deseaba ni creía conveniente ser él mismo jefe. «Pero opinaba que un mando tenía que haber. Sabía demasiado bien de los errores que acechan a quienes se consagraban al análisis, y confiaba en que muchos de ellos podrían evitarse si se Instauraba una autoridad dispuesta a aleccionar y a disuadir; una autoridad de esa índole había recaído al principio sobre mi... Por eso estaba en mi mano transferir esa autoridad a un hombre más joven... No podía ser otro que C.G. Jung, ...» (op. cit., 42).

Freud consiguió que sus unilaterales disposiciones fueran aprobadas, no sin serias resistencias, particularmente de los analistas vieneses.

Poco más adelante, en el mismo texto, dice Freud: «Así como mis opositores comprobaron que no era posible detener al nuevo movimiento, a mí me aguardaba otra experiencia: no se dejaba conducir por los caminos que yo pretendía marcarle» (p. 43).

De modo que el nacimiento de la Asociación y su modalidad claramente jerárquica no sólo fueron un acto emanado de la autoridad y del autoritarismo de Freud, que impuso a su “príncipe heredero», sino que además no era cierto que resignaría la

jefatura, como lo confirma con toda naturalidad cuando habla del «grupo de Viena, cuyo mando encomendé a Adler» (ibid.). o cuando un poco más adelante menciona el «derecho de veto» que le otorgaron como prenda de paz los dos fundadores del *Zentralblatt ...*» (op. cit., 43-44).

Moviéndose en su peculiar longitud de onda -volveré más adelante sobre este punto- Jones dice que «Ferenczi, por otra parte, con todo su encanto personal, tenía cierta manera decididamente dictatorial y algunas de sus proposiciones fueron mucho más allá de lo que es habitual en medios científicos. Ya antes del Congreso había informado a Freud de que “el enfoque psicoanalítico no conduce a un igualitarismo democrático: tiene que haber una élite, más o menos dentro del espíritu de las leyes de Platón acerca del gobierno de los filósofos”». Pero no incluye a Freud en la caracterización pese a que la cita anterior continúa con la frase: «Freud, en su respuesta, le manifestó que él mismo ya había tenido esa idea» (1955, p. 80). En la página siguiente, Jones transcribe una carta de Freud a Ferenczi que contiene una crítica a su discípulo favorito (los afectos son una cosa, y otra la razón de Estado (judío) que lo llevó a designar a Jung príncipe heredero y presidente) y una autocrítica: «Su vigoroso alegato tuvo la desdicha de provocar una repulsa tan grande que se olvidaron de agradecerle las importantes sugerencias que usted les hizo. Todas las sociedades son ingratas: eso no importa. Pero merecemos alguna censura por no haber previsto el efecto que tendrían en los de Viena. A usted le habría sido fácil omitir enteramente las críticas y tranquilizarlos con respecto a su libertad científica, con lo cual habríamos privado a sus protestas de gran parte de su vigor. Creo que mi largamente contenida aversión a los vieneses, junto con el “complejo de hermano” de usted nos han hecho un poco cortos de vista» (op. cit., p. 81).

Ya cité a Freud mencionando su rápido desencanto con respecto a la Asociación. Poco más adelante, en la «Contribución a la historia...» que he estado citando, continúa el relato con la evolución posterior de esta versión oficial del movimiento. Claro, no podía mencionar al Comité, del que quiero ocuparme a continuación.

Jones (op. cit., cap. VI) relata su iniciativa. Preocupado por las defecciones de Adler y Stekel y perturbado por la noticia de Freud de que sus relaciones con Jung se volvían tirantes, en 1912 propuso a Ferenczi la formación de “una especie de guardia vieja» (p. 166) formada por analistas de confianza alrededor de Freud, para darle

seguridad, prestarle servicios y contestar las críticas con una sola «obligación expresa: para el caso de que cualquiera de nosotros estuviera decidido a apartarse de algunos de los principios fundamentales de la teoría psicoanalítica, tales como el de represión, el de psiquismo inconsciente, el de la sexualidad infantil, etc., debería comprometerse a no hacerlo públicamente sin discutir antes sus ideas con los otros miembros del grupo» (ibid.). También dice que se inspiró en sus propias lecturas e Ideas, en las historias de los paladines de Carlo Magno y las numerosas sociedades secretas acerca de las cuales había leído.

Ferenczi y Freud, también informado de la idea, reaccionaron con entusiasmo, que eliminó un atisbo de crítica; decía Freud en su respuesta a Jones: «Lo que inmediatamente captó mi imaginación fue su Idea de constituir un consejo secreto compuesto de los hombres mejores y de más confianza con que contamos y que tomaría a su cuidado el desarrollo ulterior del psicoanálisis y defendería la causa contra las personas y los obstáculos con que ésta podrá tropezar cuando yo ya no esté... No ignoro que en esto se encierra también un elemento casi infantil y quizás romántico, pero tal vez resulte posible adaptarlo a las necesidades de la realidad. Daré rienda suelta a mi fantasía y le dejaré a usted el papel de censor.»

«Me atrevo a decir que me sería más grata la vida y más fácil la muerte el día que supiera que existe un grupo de tal índole, encargado de vigilar lo que he creado» (op. cit., p. 167).

Es evidente que Freud trasladó las frustradas expectativas con respecto a la Asociación al Comité, y esta vez no hubo desilusión: «El secreto de este Comité es que me ha sacado de encima el peso enorme de la preocupación por el futuro, de modo que yo ya puedo proseguir con tranquilidad mi camino hasta el fin., decía Freud años después a Eitingon (también transcrita en Jones op. cit., p. 168).

«El Comité funcionó perfectamente por lo menos durante diez años... », dice Jones (p. 178), quien lo presidió, en su calidad de fundador durante casi toda su existencia. Durante algunos años -por lo menos los primeros de la década del veinte- este excepcional organizador presidió simultáneamente la Asociación Psicoanalítica Internacional y el Comité. Para terminar las citas de Jones, transcribo su juicio: «Fue una ventaja inapreciable, por otra parte, el disponer de una política unitaria, planeada

por los mejores informados y los que poseían una Influencia considerable para enfrentarse con los innumerables problemas que se iban presentando: las divergencias dentro de una Sociedad, la elección de autoridades, los problemas planteados por la oposición en tal o cual organismo local, etc.» (ibid.).

El testimonio de Jones tiene el valor y el inconveniente de ser directo. No puedo discutir aquí el problema del valor de las fuentes históricas. En todo caso sí cabe apuntar que, con diferentes matices, hay consenso entre diferentes investigadores y pensadores respecto del autoritarismo de Freud.

Deseo señalar que también fueron autoritarios otros grandes psicoanalistas como Melanie Klein. Por ejemplo H. Segal (1979, 170-1) describe cómo mantenía su mente abierta pero sólo si se aceptaban los grandes lineamientos de su pensamiento; cuando un poco más adelante Segal habla de “*singlemindedness*” para referirse a su dedicación al trabajo, uno tiene la impresión de que bien podría ser un poco mayor la extensión del término.

En este capítulo resta señalar que, frecuentemente, los movimientos de las Instituciones como tales también son autoritarios, o si se quiere, son movimientos determinados por la fuerza relativa de las distintas partes en diferentes momentos y circunstancias. Así fue como la Asociación Americana declaró unilateralmente su independencia de la Asociación psicoanalítica Internacional en 1938. Así fue también como al reorganizarse la Internacional después de la segunda guerra se inventó el *status* de «Asociación Regional». Así fue también como bajo la presión de un litigio con todas las señales de que sería perdido, la propia Internacional decidió establecer mecanismos que permitieran el reconocimiento de numerosas instituciones norteamericanas, dando fin al episodio de la Asociación Regional. También fue bajo cierta presión que se reformó la Internacional y América Latina pudo ocupar su lugar. Es cierto que en todos estos casos hubo conductores hábiles, sensibles y diplomáticos -por ejemplo Jones al negociar la reconstitución de la Internacional- pero no es menos cierto que en todos los casos hubo una dosis de presión y hasta de violencia a veces considerable (Gillespie, 1979, p. 269).

Por otra parte, esta estructura jerárquica, regida por la aristocracia de los mejores, tenía claros propósitos hegemónicos; así lo muestran las disposiciones

reglamentarias referidas a las jurisdicciones, algunas de las cuales acaban de ser derogadas, y que aun cuando en algunos casos fueran incumplidas sin sanción desde larga data, seguían vigentes en la letra; o las referentes a la «proporción médico-no médico», semi escritas.

Para terminar esta parte voy a transcribir una cita de Limentani (1983. p. 376) que se refiere a Anna Freud: «Estaba incuestionablemente muy preocupada en mantener la unidad de la API y en realzar su rol como el primer y único cuerpo al que sus miembros han conferido la transmisión del psicoanálisis. Cuando, durante la Reunión Administrativa del Congreso de Londres en 1953, se sugirió que a un pequeño grupo de miembros representantes de una determinada escuela de psicoanálisis se le diera un reconocimiento especial como Grupo de Estudios, sin tener en cuenta la existencia de una Sociedad Componente local, la reacción de Miss Freud fue aguda e inmediata. Señaló “que lo que había sido sugerido realmente importaba revisar (o ameritaba como para revisar) la organización de acuerdo a puntos de vista científicos. Ese sería un principio alternativo” (IPA Bulletin, 1954, p. 273). Continuó para decir que “en poco tiempo podríamos tener dos o más Asociaciones Internacionales”. Anna Freud tenía en gran valor el trabajo científico de la IPA, pero en los años recientes se había desencantado con algunos aspectos de su desarrollo.» (traducción mía).

El texto, que no deja de tener su costado críptico, me hace pensar que para Anna Freud un planteo como ese significaba un resquebrajamiento, no en el movimiento sino en la ciencia, por más que, aparentemente, se trataba de que no se estructurara la organización en función de determinadas escuelas.

Freud y el status científico del Psicoanálisis

A este respecto, deseo señalar algunas ideas de Freud que, de un modo u otro, han seguido vigentes entre los psicoanalistas; por lo tanto, se refieren a las personas y no a la ciencia.

Más allá de la infatigable defensa que Freud hizo del carácter científico del psicoanálisis, no dejó de tener ciertas oscilaciones en sus puntos de vista.

En muchas ocasiones deja la impresión de pensar que el carácter

verdaderamente científico se alcanzará después, en algún tiempo no determinado (of. 1916-17, pp. 233 y 396; 1923, p. 247; 1924, p. 216; 1933a.p. 143; 1933b,p. 227-28: 1940,p. 182).

En concordancia con esto, la identidad del psicoanálisis tiene cierta provisoriedad. Incluso dijo que los psicoanalistas tendríamos trabajo por «varias décadas» sin que nuestro trabajo científico corra «peligro de mecanizarse y así perder interés» (1925, p. 267).

Esta manera de ver las cosas, este carácter provisional, ha hecho decir, por ejemplo a Assoun que «el saber analítico se concibe como una especie de intervalo imaginario que explora un espacio transitorio» (1981, p. 185-7). Toda la retórica que pueda construirse alrededor de una autonomía «en la carencia», como «meollo de la identidad paradójica del freudismo. (ibid.) no alcanza a despejar una sensación de duda respecto a la condición científica del psicoanálisis en muchos analistas.

Es interesante notar que en cualquiera de las posiciones que se tome, siempre queda, subjetivamente, la impresión de un espacio no cubierto, de una insuficiencia en las categorías tradicionales para dar cuenta del psicoanálisis, sobre todo si se trata de hacer justicia a sus peculiaridades específicas.

El segundo aspecto de las opiniones de Freud que deseo señalar es el de su coherente afirmación de lo azarosa que es la aptitud humana para la investigación: «Aquí (se refiere a la Psicología) sale a la luz en toda su dimensión la constitucional ineptitud del ser humano para la investigación científica» (1933, 6). Como a veces se ha considerado que este Freud era «pesimista», quiero subrayar que, a mi juicio, no sólo fue en esto coherente consigo mismo a lo largo de los años, sino que lo fue, fundamentalmente, con el conjunto de sus descubrimientos.

Me parece que Freud toleraba mejor que nosotros estas incertidumbres, podía permitirse dudar. Más adelante voy a volver sobre esto.

A esta situación, que podemos llamar interna, se suma la externa. El reconocimiento de los otros, y especialmente de la comunidad científica, puede ser variable, pero dista de ser unánime. Nadie duda de que un físico es un científico; si hay dudas, será por su condición personal. Con nosotros es al revés. Podemos tener prestigio profesional y social. Ser considerados serios, pero difícilmente científicos. Y no

justamente por personas cualquiera, sino muchas veces por importantes epistemólogos (como Mario Bunge o A. Grünbaum), y aún algunos muy estimados por muchos de nosotros, como K. R. Popper.

Mirando esta cuestión con la óptica de la teoría de las revoluciones científicas (Kuhn, 1962 y 1987; Cohen, 1989), y de la noción de paradigma, de tanto éxito por estas latitudes psicoanalíticas rioplatenses, creo que se visualiza -se confirma- lo que digo. El único revolucionario que todos aceptamos es Freud. Muchos de nosotros consideramos que hay algún o algunos otros, pero el único con consenso de todos es Freud. Los que aceptan esta teoría no están de acuerdo acerca de cuántos y cuáles son el o los paradigmas y consiguientemente tampoco concordamos respecto a si hemos o no llegado al estadio de ciencia normal.

El psicoanálisis sigue siendo una cosa rara, ajuicio de una parte muy significativa -como mínimo- de la «comunidad científica».

Reflexiones

Autoritarismo y movimiento

Una reacción semejante a la que produjo entre los asistentes al Congreso de 1910 la propuesta de fundación de la Asociación Internacional, sigue produciéndose entre los analistas cada vez que toman contacto con la historia de la fundación del movimiento.

Es una curiosa reacción, puesto que no existe movimiento alguno que no se haya iniciado con la presencia de un líder carismático que concentraba todo el poder.

De manera que en este sentido no hay lugar para el escándalo, y hay que partir de la base de que las cosas son inevitablemente así. Las diferencias tienen que ver no con el hecho del autoritarismo, sino con sus propósitos y sus resultados.

Por supuesto hay quienes piensan que sería mejor, dada la inevitabilidad de los

costos del movimiento, no tenerlo; o en el caso de Freud, que no lo hubiera fundado.

Pero es que el psicoanálisis es una herramienta concreta, y su riqueza, me parece, estriba justamente en la posibilidad de desarrollar una dialéctica entre ciencia y política, descubrimiento y fundación, entre el coro y el héroe (símil utilizado por varios autores), entre Mesías y *Establishment*, entre la Idealización y la denigración (Bicudo y Franco, 1980), «entre el éxtasis de la marginalidad y la pasión alienante de la Institución» (Viñar, 1980, p. 19), entre eclecticismo y fanatismo (Etchegoyen, 1986), o entre caos y la fosilización (tema de la próxima reunión de analistas didactas de la API), o entre tantos otros pares dialécticos que nos revitalizan y sostienen. Por eso me declaro franco partidario del movimiento, aunque no soy movimientista.

Sociedad secreta y secreto

Quedó señalado cómo el movimiento tuvo un origen y por mucho tiempo una dirección «secretas», y cómo Jones se había inspirado en sus numerosas lecturas sobre sociedades secretas.

Justamente este tema fue retomado por Abadi (1959 a, b y e. 1961 a y b) que en una serie de trabajos postuló la idea de que las sociedades psicoanalíticas están estructuradas como sociedades secretas (también se ocuparon de esto M.P. Manhaes y A. Hoirisch, 1970).

Una mirada a los trabajos psicoanalíticos sobre el secreto (P. Aulagnier. 1976; S. de Foks, 1978; Bianchi Vilelli y Georgleff, 1980; Puget y Wender, 1980 y López et al., 1987) si bien plantea los consabidos problemas de extrapolación y de diferencias en el uso y contexto, deja sin embargo la impresión de que el secreto es una parte normal y hasta imprescindible de la vida, y si es así no podrá dejar de estar presente en las instituciones y es mejor aceptarlo francamente.

¿Somos científicos?

Es más o menos frecuente apelar a nuestra condición de «científicos». También es frecuente, en las críticas institucionales, atribuir a la pérdida de la condición científica las crisis. Por ejemplo Bleger (1973,p. 516) hace responsable de la crisis de su institución al haber «marginado ... su primer objetivo real ... ser una institución científica.»

Me parece que en los dos casos hay una sobrevaloración -quizás compensatoria de las Inseguridades examinadas antes-porque, en realidad, ni somos científicos ni nuestro primer objetivo institucional es científico, aunque hagamos figurar en los estatutos, en primer lugar la investigación.

No sólo esto, sino que muchas voces autorizadas alertan -pueden verse en los trabajos de los Simposios de la API, por ejemplo-sobre una pérdida creciente de nuestra aptitud y actitud científicas e incluso de nuestra identidad psicoanalítica. Además, el punto de referencia institucional ha sido, hasta ahora, la autonomía para impartir formación.

Sin embargo nuestra ciencia crece y se desarrolla; los que no crecemos del mismo modo, parece, somos los psicoanalistas, el grueso de los psicoanalistas. Y en nuestras explicaciones de entre casa es muy frecuente ver como nos alejamos de la «explicación conjetural» y nos acercamos a la «explicación última» (Popper y Eccles, 1977, cap. 47).

Actualmente la IPA encara la organización de una sección de investigación, y quizás ésta si pudiera ser una de las muchas muestras de cambio y revitalización que va dando el movimiento.

Algunas conclusiones y una ponencia

Quisiera mencionar solamente algunos otros problemas dignos de ser tratados en la intersección entre descubrimiento y fundación.

Por ejemplo el fantástico efecto euforizante que pueden producir ciertas circunstancias, y que llevaron a Freud (1910, p. 140) a pronunciar palabras extraordinarias en el discurso inaugural del Congreso que justamente iba a fundar la Asociación Internacional. En estas extraordinarias palabras el descubridor sostuvo, en definitiva, que la popularización del psicoanalista iba a suspenderla producción patológica. O las no menos notables palabras de Balint (1947, p. 253), sosteniendo que la humanidad nos estaba convirtiendo en sus guías.

Creo que éstos son efectos de nuestra necesidad de sostén, que no se atreve a confesarse y entonces necesita argumentar grandiosidades apostólicas y optimistas para justificar el movimiento, dando curso de paso al narcisismo del que se ocuparan ChasseguetSmirgel y Grunberger (1979) y Finell (1985); o, con más precisión, la megalomanía de Money-Kyrle (1965) y la misma J. Chasseguet Smirgel (1983).

O la significación que tiene la abundancia de la *Verleugnung* en la vida institucional. A este fenómeno aludía cuando me refería a la «longitud de onda de Jones».

Hay un vasto territorio donde se transita con facilidad desde éste mecanismo

central hacia sus correlatos más graves y más benévolos, donde nos damos cuenta a la vez (por ejemplo con respecto al conocimiento de nuestra historia) de que no nos damos cuenta.

En este mismo territorio está también el problema ético, destacado por ejemplo por Clavreul (1968, 13 1-5), que explica satisfactoriamente, a mi juicio. por qué es la perversión el talón de Aquiles de nuestras Instituciones. Es de esperar que los psicoanalistas podamos finalmente ocuparnos de estos problemas, como han empezado a hacerlo algunos (Klimovsky, Zysman y Dupetit (MS, 1990)).

Está también el problema de la difusión, nunca resuelto a mi juicio más que en las palabras, sea por exceso o por defecto, y que tropieza con la dificultad tantas veces señalada por Freud con respecto a la popularización. ¿Cómo se hace para hacer popular la cosa rara que es el análisis? (Bion. 1975, p. 5).

Porque la investigación busca la verdad, el movimiento la cantidad; la investigación descubre, el movimiento difunde; la investigación asusta, la institución aplaca. El juego entre ambos es semejante al de cuerpo y mente, en perpetua oposición, aunque sin poder existir uno sin el otro, y deberíamos conocer mejor nuestro cuerpo institucional.

Referencias

- ABADI, M. (1959 a). Las sociedades secretas. Aproximación a su esclarecimiento. Rev. *Psicoanálisis*. 16:213-25.
- ABADI, M. (1959 b). El coro y el héroe. Rev. *Psicoanálisis*. 16:322-332.
- ABADI, M. (1959 c). El grupo psicoanalítico como sociedad secreta. Rev. *Psicoanálisis*. 16:407-4 16.
- ABADI, M. (1961 a). El dilema del psicoanalista. Rev. *Psicoanálisis*. 18:3-8.
- ABADI, M. (1961 b). Hacia un psicoanálisis abierto. Rev. *Psicoanálisis*. 18:9-11 (Número extraordinario).

- ANZIEU. O. (1987). Une peau pour les pensées. Paris. Glancier-Guenaud. ASSOUN, P.L. (1981). Introducción a la epistemología freudiana. Buenos Aires, Siglo XXI, 1982.
- AULAGNIER. D. (1976). O Direito ao Segreto: condição para poder pensar. *Rev. Bras. PSICOANALISIS* 14:235-56. 1980.
- BALINT. M. (1948). On the psycho-analytic training system. En *Primary love & psycho-analytic technique*. Londres, Tavistock. 1965, pp. 253-274.
- BIANCHI VILLELLI, H.; GEORGIEFF, A. (1980). El secreto: ¿escisión o integración? *Rev. Psicoanálisis*. 37:1265-1274.
- BICUDO, V.L; MELLO FRANCO, F.D. (1980). Dilemas na produção científica da psicoanálise no Brasil. *Rev. Bras. PsicoanáL* 14:201-16.
- BION, W.R. (1975). A memoir of the future. Book one: The dream. Rio de Janeiro. Imago.
- BLEGER, J. (1966). Psicoigiene y psicología institucional. Buenos Aires. Paidós.
- BLEGER, J. (1973). La Asociación Psicoanalítica Argentina, el psicoanálisis y los psicoanalistas. *Rev. Psicoanálisis*. 30:515-536.
- BLEICHMAR, N.M.; LEIBERMAN de BLEICHMAR, C. (1989). El psicoanálisis después de Freud. Teoría y clínica. México, Eleia.
- BRUZZONE, M. et al. (1985). Persecución y regresión en la formación analítica. *Libro Anual de Psicoanálisis*. 173-176.
- CLAVREUL, J. (1968). La pareja perversa. En *El deseo y la perversión*. P. Aulagnier-Spairani et al. Buenos Aires, Sudamericana. pp. 105-135.
- COHEN. B. (1989). Revolución en la ciencia. Barcelona, Oedisa.
- CHASSEGUET-SMIRGEL, J. (1983). El *esprit du temps* y sus efectos sobre la cura psicoanalítica. *Psicoanálisis*, 5. pp. 557-580. -
- CHASSEGUET-SMIRGEL, J.; GRUNBERGER, B. (1979). El narcisismo del psicoanalista: una introducción. *Psicoanálisis*, 1:135-50.
- DELLAROSSA. A. (MS). Comentario inicial para el *workshop* sobre: «Transferencia en las Instituciones». *Presentado en el I Congreso Argentino de Psicoanálisis*. Buenos Aires, noviembre de 1988.
- ETCHEGOYEN, R.H. (1986). Los fundamentos de la técnica psicoanalítica. Buenos Aires, Amorrortu.
- ETCHEGOYEN, R.H. (1987). Narcisismo primario o relación de objeto. Conferencia, *XI Congreso Brasileiro de Psicanálise*, Canela.
- ETCHEGOYEN, R.H. (1988 a). Der psychoanalytische Dialog. In Peter Kuter, Raúl Páramo-Ortega and Petr Zagermann, eds. *Dic. Psychoanalytische Haltung*.

- München: Verlag Internationale Psychoanalyse, 1988, pp. 115-139. También en “Relatos...», T. I, VIII Simposio y Congreso Interno, Apdeba, 1986, pp. 12-40).
- ETCHEGOYEN, R.H. et al. (1988 b). Tradición y cambio en las Instituciones psicoanalíticas. Sus consecuencias en la selección y formación de candidatos y didactas. *Relato oficial, XLI Pre-Congreso Didáctico de FEPAL* San Pablo, Brasil.
- ETCHEGOYEN, R.H. (1988 c). Reflexiones sobre la transferencia. En *Relatos - I Congreso Argentino de Psicoanálisis*, Buenos Aires. pp. 77-101.
- ETCHEGOYEN, R.H. (1989). On interpretation and its testing. In: Harold P. Blum, Edward W. Weinschel and F. Robert Rodman, eds. *The psychoanalytic core*. Madison, Connecticut: International Universities Press, chapter 20. pp. 369-398.
- ETCHEGOYEN, R.H. (1990). El psicoanálisis de la última década: la clínica y la teoría. 1989; en proceso de publicación.
- FINELL, J.S. (1985). Los problemas narcisistas en los analistas. *Libro Anual de Psicoanálisis* 1985:177-89.
- FORNARI, F. (1973). Para un psicoanálisis de las Instituciones. En: *La Institución y las Instituciones*. R. Käes et al., 1987. Buenos Aires, Paidós, 1989. pp. 120-159.
- FREUD, S. (1910). Las perspectivas futuras de la terapia psicoanálisis. A.E. 11.
- FREUD, S. (1914). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. A.E. 14.
- FREUD, S. (1916-17). Conferencias de Introducción al psicoanálisis. A.E. 15-16.
- FREUD, S. (1919). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. A.E. 17.
- FREUD, S. (1923). Dos artículos de enciclopedia: «Psicoanálisis y “Teoría de la libido»». A.E. 18.
- FREUD, S. (1924). Breve Informe sobre el psicoanálisis. A.E. 19.
- FREUD, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. A.E. 19.
- FREUD, S. (1926). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? A.E. 20.
- FREUD, S. (1933 a). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. A.E. 22. 136
- FREUD, S. (1933 b). Sandor Ferenczi. KE. 22.
- FREUD, S. (1937). Análisis terminable e interminable. A.E. 23.
- FREUD, S. (1940 a). Esquema del psicoanálisis. A.E. 23.
- FREUD, S. (1940 b). Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis. A.E. 23.
- GANTHERET, F. (1969). El psicoanálisis como Institución. En *La Institución del análisis*. F. Gantheret et al. Barcelona, Anagrama. 1971, pp. 29-41.

- GANZARAIN, R.; ARENSBURG, B. (1961). Relaciones entre psicoanalistas. Rev. *Psicoanálisis*. 18:26-55. Número extraordinario.
- GARMA, A. (1959 a). Cómo mejorar las relaciones entre psicoanalistas. Rev. *Psicoanálisis*. 16:362-367.
- GARMA, A. (1959 b). Algunos contenidos latentes de las discordias entre psicoanalistas. Rev. *Psicoanálisis*. 16:354-361.
- GARMA, A. (1966). Freud ante las disidencias y rivalidades de sus discípulos. (La correspondencia entre S. Freud y K. Abraham). Rev. *Psicoanálisis*. 23: 438-449.
- GARMA, A. (1972). Los grupos de psicoanalistas rivales y sus influencias en los candidatos a psicoanalistas. Rev. *Psicoanálisis*. 29: 683-699.
- GAY, P. (1988). Freud, una vida de nuestro tiempo. Buenos Aires, Paidós, 1989.
- GILLESPIE, W. (1987). Palabras en la inauguración de "Broomhills. *Int. J. Psycho-Anal.* 68:3-7.
- GOMBEROFF, J.M. (MS). Consideraciones sobre la institución psicoanalítica. *Presentado en la Sociedad Psicoanalítica Chilena*, 1986.
- GROSSKURRH, P. (1986). Melanie Klein. Il suo mondo e Il suo lavoro. Tormo: Bollati Boringhieri. 1988.
- FERNANDEZ, M. (1987). Formación de masas e Ideología. Texto y contexto. Rev. *Psicoanálisis*. 44:1051-1063.
- INFANTE, J.A. (1988). El malestar en el psicoanálisis. Rev. *Chil. Psicoanál.* 7:14-19.
- JONES, E. (1953-1955-1957). Vida y obra de Sigmund Freud. Vol. I-III. Buenos Aires, Nova, 1959, 1960, 1962.
- JOSEPH, E.D. (1987). The consciousness of being conscious. *J. Am. Psycho-anal. Ass.* 35:5-22.
- KERNBERG, O.F. (s.d.). Cambios en la naturaleza de la formación psicoanalítica, en la estructura y en las normas de la formación. En *Cambios en los analistas y en su formación*. Comp. RS. Wallerstein. Colección de Monografías N° 4. Asociación Psicoanalítica Internacional, pp. 59-65.
- KERNBERG, O.F. (1985). Institutional problems of psychoanalytic education. *J. Am. Psychoanal. Ass.* 799-843.
- KING, P.H.M. (1983). The life and work of Melanie Klein in the British Psychoanalytical Society. *Int. J. Psycho-anal.* 64:251-260.
- KLIMOVSKY, G. (MS). La epistemología de Sigmund Freud. *Presentado en el 36° Congreso Internacional de Psicoanálisis*. Roma, julio-agosto de 1989.
- KLIMOVSKY, G. et al. (MS). El origen de los conceptos éticos en Freud. *18° Congreso*

- Latinoamericano de Psicoanálisis*. Rio de Janeiro, 1990.
- KUHN, T. (1962). La estructura de las revoluciones científicas. México, Fondo de Cultura Económica.
- KUHN, T. (1987). ¿Qué son las revoluciones científicas? y otros ensayos. Barcelona, Paidós, 1989.
- LIMENTANI, A. (1983). Anna Freuds contribution to the work of the International Psychoanalytical Association. *Int. Psycho-Anal* 64:375-377.
- LOPEZ, B.M. et al. (1987). Niveles de privacidad y diálogo analítico. *Psicoanálisis*, 9:77-96.
- MANHAES, M.P.; HOIRISCH, A. (1970). Freud e as vicissitudes de una Sociedade Psicoanalítica. *Rev. Bras. Psicoanal.* 4:240-249.
- MELILLO, A.; DUBCOVSKY, S.; GALENDE, E.; LOPEZ, B.; WINOGRAD, B. (1984). Política y psicoanálisis. *Revista Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*. 10:39-85.
- MONEY-KYRLE, R (1965). Megalomanía. En *The collected papers of Roger Money-Kyrle*. Pertshire: Clunie Press, 1978, 376-88.
- OLAGARAY, J. (1982). El futuro del psicoanálisis en América Latina. En *Relatos oficiales, XIV Congreso Psicoanalítico de América Latina*. Buenos Aires, 1982, pp. 147-148.
- OIAGARAY, J. (1988). Transferencia, institución e inefabilidad. En *Relatos - ler. Congreso Argentino de Psicoanálisis*. Buenos Aires, pp. 135-159.
- OLAGARAY, J. (MS). Leer a Freud. Algunas reflexiones sobre su significado y el costado institucional de nuestra identidad. Trabajo oficial. Presentado en la *Primera Reunión Regional de FEPAL*. México, diciembre de 1989.
- PERRIER F. (1985). Viajes extraordinarios por translacania. Barcelona, Gedisa, 1986.
- POPPER, K.R; ECCLES, J.C. (1977). El yo y su cerebro. Barcelona, Labor, 1980.
- PUGET, J.; WENDER, L. (1980). Los secretos y el secreteam. *Psicoanálisis*, 2:917-951.
- RAPEIA, D.J. (1985). Diálogo psicoanalítico. *Correlato. VII Simposio y Congreso Interno AP de BA*.
- ROAZEN, P. (1971). Freud y sus discípulos. Madrid, Alianza, 1978.
- 138
- ROSOLATO, G. (1983). El psicoanálisis idealoducto. *Rev. Psicoanál.* XLIII:21-56.
- ROUSTANG, F. (1976). Dire Mastery. Discipleship from Freud lo Lacan. Baltimore: Johns Hopkins. 1982.
- RUIZ GARASINO, C.B. de. (1984). El complejo de Edipo en las Instituciones

- psicoanalíticas. *Rev. Psicoanálisis*. 41:919-926.
- RUIZ GARASINO, C.B. de. (1987). Características de la producción psicoanalítica latinoamericana. En *Correio da FEPAL* 55-61.
- RUIZ GARASINO. C.B. de, et al. (1988). Transferencia e instituciones psicoanalíticas. En *Relatos. Ier. Congreso Argentino de Psicoanálisis*. Buenos Aires. 161-186.
- RUSFIN, M. (1985). The social organization of secrets: towards a sociology of psychoanalysis. *Int.. Rev. Psycho-Anal.* 12:143-159.
- SABSAY de FOKS, G. (1978). Reflexiones sobre afecto y secreto. *Rev. Psicoanálisis*. 35:1107-1109.
- SEGAL, H. (1979). Klein. Glasgow: Fontana/Collins.
- SOR. D.; SENET de GAZZANO, M. R (1988). Cambio catastrófico. *Psicoanálisis del darse cuenta*. Buenos Aires, Kargieman.
- SPEZIALE-BAGUACCA, R. (1982). A hombros de Freud. Madrid, Tecnipublicaciones. 1988.
- SIEINER, R. (1985). Reflexiones en torno a la tradición y el cambio a partir de un examen de las polémicas de la Sociedad Psicoanalítica Británica (1943-1944). *Libro Anual de Psicoanálisis*. 1985. 5-47.
- TORRES, H.A. (1987 a). Ideología y diálogo analítico. *Psicoanálisis*, 9:119-136.
- TORRES, HA. (1987 b). Las resistencias en la institución psicoanalítica como causa de resistencias en el analista. *Correlatos. IX Simposio Ap deBA* 83-107.
- TORRES, H.A. (MS). Sobre transferencias y liderazgos. Sujeto objeto de líder.
- ULLOA, F. (1969). Psicología de las Instituciones. *Rev. Psicoanálisis*. 26:5- 37.
- VIÑAR, M.N. (1984). Ser analista hoy. Algunas referencias para pensar nuestro quehacer. *Rev. Urug. Psicoanál.* 63:9-22.
- ZUSMAN, W. (1988). Nuestra ciencia y nuestra vida científica. *Rev. Psicoanálisis*. XLV:1 193-12 15.